

January 2015

Los valores que acompañan a la interioridad

Hermano Lorenzo Tébar Belmonte, Fsc.

Universidad Autónoma de Madrid. Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle, ltebar@lasalle.es

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Tébar Belmonte, Fsc., H. (2015). Los valores que acompañan a la interioridad. *Revista de la Universidad de La Salle*, (68), 139-162.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Los valores que acompañan a la interioridad

Hermano Lorenzo Tébar Belmonte, Fsc.*

■ Resumen

La interioridad es un vocablo que abarca todo un campo semántico donde se cultivan y crecen conocimientos, creencias, afectos, pasiones, actitudes y valores. Teniendo como telón de fondo esta perspectiva, el artículo traza un mapa conceptual de la interioridad en el cual se presentan 15 facetas, las cuales son agrupadas en tres grandes bloques: fundamento y origen de la interioridad, contenido de la interioridad y manifestaciones y expresiones de la interioridad. Se concluye que en un mundo sobresaturado de información el papel de los educadores es insustituible en la tarea de iniciar a sus alumnos en el hecho de saborear el silencio, aprender a pensar y a reflexionar, en llegar a ser personas interiores.

Palabras clave: formación en la interioridad, facetas de la interioridad, valores.

* Psicólogo y doctor en Ciencias de la Educación. Profesor del Centro Superior de Estudios Universitarios La Salle, Universidad Autónoma de Madrid. Correo electrónico: ltebar@lasalle.es

*A menudo, a través del amor y del conocimiento de
las cosas visibles, somos inducidos al conocimiento
y al amor de las cosas invisibles.*

Paul Claudel

*Oh belleza, siempre antigua y siempre nueva,
qué tarde te amé.*

*Y, sin embargo, tú estabas dentro de mí y yo fuera,
adonde yo te buscaba...*

*Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo; las
cosas me retenían lejos de ti.*

San Agustín, *Confesiones*, X, XXVII, 38

Introducción

Formar en la interioridad es un proceso lento que exige asiduo acompañamiento. La interioridad no es una estrategia, sino el resultado de una fecunda labor de amplia formación, reflexión y práctica. Es un microclima fértil construido con voluntad, acumulando vivencias de todo orden: cultural, intelectual, experiencial, religioso. Es un campo labrado en profundidad en el que se cultivan y crecen los valores más esenciales de la persona. La interioridad es el remanso y crisol de sentimientos, rincón secreto donde alma y corazón dialogan y compiten. La constituyen conocimientos, creencias, afectos, pasiones, actitudes y valores, estos son el fondo espiritual de la íntima soledad sonora de cada ser. En nuestro interior se asimilan las vivencias y se gestan las decisiones y los proyectos. Solo el ser humano dispone de este santuario espiritual para gobernar su vida.

Frente a la sociedad de la imagen, del ruido, de las prisas y del vacío, la formación en la interioridad se presenta como un enorme desafío, la panacea que puede paliar, si no frenar, el vértigo y la extroversión, para aportar sentido, para forjar la profundidad de pensamiento y dar sabor a los valores del espíritu. La educación necesita asumir este desafío formativo, sabiendo que la interioridad representa el clima y el ámbito adonde se citan y convergen múltiples valores que construyen la vida espiritual. La interioridad puede aportar consistencia

y madurez a la personalidad de los educadores, para descubrir la dimensión vocacional de una profesión trascendente, para poder proyectarla en sus alumnos y disponerlos a vivir en una sociedad incierta y sin rumbo, cada vez más competitiva y exigente.

Este breve repaso de valores en danza constituye un conjunto nuclear en el acto educativo del proceso de enseñanza-aprendizaje en las aulas. Los educadores, y también los padres, son los primeros destinatarios de esta síntesis, para que toda enseñanza vaya precedida por la experiencia sabrosa y el testimonio de una vida honda. Se trata del descubrimiento de un “tesoro escondido”, oculto para muchos que no han tenido la oportunidad de adentrarse en el ámbito del silencio, de la vida interior y del imprescindible autodescubrimiento.

La elaboración del mapa conceptual de la interioridad seguro que nos daría un léxico aproximado al que aquí ha guiado esta reflexión. Aunque la descripción siga el criterio de orden alfabético, estas quince facetas de la interioridad se pueden agrupar en tres bloques distintos, que mutuamente se explican y se complementan en su sentido más profundo:

- A. Fundamento y origen de la interioridad: 1, 2, 5, 8, 11, 12, 13.
- B. Contenido de la interioridad: 3, 4, 6, 9, 15.
- C. Manifestaciones y expresión de la interioridad: 7, 10, 14.
 - 1. Admiración-Asombro
 - 2. Afecto-Amor
 - 3. Belleza
 - 4. Bondad y bien
 - 5. Introspección-Conocimiento-Inteligencia-Conciencia
 - 6. Dios-Trinidad-Jesús
 - 7. Gratitud-Alabanza-Ofrenda
 - 8. Humanidad
 - 9. Justicia-Responsabilidad
 - 10. Oración
 - 11. Palabra
 - 12. Paz

- 13. Silencio
- 14. Universo-Armonía-Cosmos
- 15. Verdad

El camino interminable hacia la interioridad

El clima que permite crecer en interioridad se transforma en una constelación de valores que van desarrollándose de forma simultánea al crecimiento de la vida interior. Son muchos los elementos que condicionan nuestro acceso a una vida interior auténtica. La antropología no ha sido el fuerte de los educadores; se ha olvidado de que el ser humano es una totalidad sustancial de alma y cuerpo. Se ha presentado un reduccionismo de la persona, con mezcla de dualismo: nada más falso que ver en el cuerpo el principio del mal (tentación o pecado) y en el espíritu el principio del bien y de la virtud. La segmentación de los aprendizajes ha contribuido a una visión imperfecta y lejos de la totalidad y unidad del ser. Cuerpo y alma van a la par en la acción moral, es toda la persona la que se compromete o la que se evade. Cyrulnik y Morin dialogan en torno al *paradigma perdido*, en el que se denuncia la segmentación y se subraya la necesidad de descubrir las relaciones que dan sentido a la vida. Todo ser humano posee en su interior la organización de su entorno:

Hablamos porque tenemos en el interior la cultura, la lengua, los conocimientos de nuestra sociedad. Pensar en términos contextuales nos permitirá progresos cognitivos notables. Se ha desarrollado una inteligencia ciega a los contextos y que es incapaz de concebir los conjuntos. La lógica aislada no es lógica [...] (Cyrulnik y Morin, 2000, p. 15).

La personalidad tiene una dimensión espiritual en razón de su capacidad de ser relacional, consciente. Ser persona conlleva la posibilidad de diferenciarse y distanciarse del mundo que le rodea, posee su esfera íntima, su interioridad y su autonomía. La persona nunca es tan consciente de sí misma, además de cuando se examina o se contempla en solitario, como cuando realiza el don de sí misma a los demás. Ser una persona espiritual significa, ante todo, poder distanciarse de los otros, aislarse del que tiene delante, para respetar todo lo que no es su

yo-mismo. Tener conciencia intelectual significa poder abrirse al mundo. “En esta donación respetuosa al otro, la individualidad propia despliega su plena riqueza y simultáneamente la acreciente, recibiendo del otro confirmación de su propia interioridad” (Haring, 1959, p. 114).

En el ser humano converge la doble dimensión cultural y psicológica: en el cerebro tienen lugar los procesos electroquímicos (sinapsis, conexiones) y desde el ámbito cultural aparece lo espiritual. La conclusión de los pensadores es contundente: “El espíritu solo es posible cuando hay una cultura y un cerebro” (Cyrułnik y Morin, 2000, p. 21). Toda disociación de estos elementos está reclamando una reforma del pensamiento que permita la introspección, la emergencia del espíritu —la interioridad— en el ser humano. En síntesis: espíritu = cultura + cerebro. La interioridad es la experiencia vivencial de ampliación del horizonte de nuestra mirada, ensancha el corazón y nos abre a un mundo nuevo de sentimientos y afectos.

El ser humano es social, por definición, un ser necesitado de los demás. “Somos lo que los demás nos han ayudado a ser”, dirá Vygostki. En las etapas del desarrollo humano encontramos una serie de nacimientos que denuncian la necesidad del ser humano de los estímulos del entorno para realizarse. Necesitamos estímulos para hacernos, para formatearnos. La *neotenia* designa la lentitud extrema del ser humano para llegar a ser autónomo, adulto: nacimiento biológico, nacimiento a la palabra, a la técnica, al arte, a la creación. En síntesis: neotenia = genética + entorno. No podemos hablar de ser humano sin considerarlo a la vez como ser biológico, psicológico, cultural y social. Reconocemos que la sociedad nos condiciona, nos manipula y explota. Todo ello reclama una profesional tarea educadora, forjadora de sentido crítico, de libertad y de autonomía. El consumismo, la superficialidad y el hedonismo nos arrastran a una vida sin sentido y sin brújula. La interioridad debe despertarse primero en cuantos tienen función educadora, a medida que se forma la capacidad para pensar y trascender la realidad del momento en que vivimos. Pero disponemos de una larga etapa de entrenamiento en la educación que es preciso aprovechar y valorar con responsabilidad por su enorme riqueza.

La interioridad es la calzada de la mente y del corazón, como sin interrupción demuestran los peregrinos del Camino de Santiago y de otros lugares venerados. Podemos pensar en caminos diferentes para acceder a la interioridad, iniciando por educar la mirada, cuidando el impacto del entorno que nos envuelve o introduciéndonos en los secretos del mundo interior a través de la psicología profunda o de la espiritualidad. Aunque lo visible conduce a lo invisible, el flujo puede ser doble, según nos lo evoca Paul Claudel: “A menudo, del amor y del conocimiento de las cosas invisibles somos inducidos al conocimiento y al amor de las visibles” (citado en Chrétien, 1999, p. 180).

Quince facetas de la interioridad

1. Admiración-asombro

Los pensadores atribuyen el nacimiento de la filosofía a la capacidad del ser humano de admirar y pensar el orden, la armonía de las leyes y la inmensa belleza del cosmos. Admirarse y maravillarse tienen una misma raíz griega (*thauma*), fruto de la inteligencia, según Platón. Pero Kant descubre diferencias entre el asombro, que es una reacción de sorpresa ante una imagen o novedad inesperada, que supera cuanto esperábamos y nos paraliza. El asombro es un choque del espíritu que procede de la incompatibilidad de una representación, que suscita duda e incompreensión ante la mente; en tanto que la admiración es un juicio que no se cansa de asombrar y que provoca el afecto de la inteligencia. (Chrétien, 1999, p. 161). Lo admirable, decía Aristóteles, es lo más deseable. La ignorancia termina con la admiración, que constituye el gozo del descubrimiento de una verdad, antes ignorada.

Rachel Carson decía que “para mantener vivo en un niño su innato sentido del asombro se necesita la compañía de al menos un adulto con quien poder compartirlo, redescubriendo con él la alegría, la expectación y el misterio del mundo en que vivimos” (citada en L’Ecuyer, 2012, p. 126). Toda novedad provoca en nuestra mente un “conflicto cognitivo”, cuya búsqueda de solución es para Piaget la fuente del aprendizaje, lo que logra en nosotros un equilibrio cognitivo. “El sentido del asombro es lo que hace que uno contemple la realidad

con humildad, agradecimiento, deferencia, sentido de misterio y admiración". (L'Ecuyer, 2012, p. 140). San Buenaventura afirma que la admiración no es solo raíz de la filosofía, sino el fin de la teología, fascinada ante la sabiduría divina, cuya admiración jamás podrá apagarse (Chrétien, 1999, p. 194).

2. Afecto-amor

La inmersión en la interioridad permite descubrir, valorar, apreciar en su justo valor las contingencias de la vida. El conocimiento despierta amor y afección. La confusión impera en la sociedad, cuando se trata de definir el amor. El referente bíblico excepcional lo hallamos en las cartas de San Juan y en las de San Pablo. La creación de una relación de amor exige un esfuerzo enorme. Iván Klima, de forma nueva, compara el amor con "la creación de una obra de arte", con todos sus ingredientes:

Por encima de todo, como en la creación artística, el amor exige acción, es decir, actividad y comportamiento no rutinario, además de la atención constante a la naturaleza intrínseca de la pareja, el esfuerzo por comprender la individualidad del otro u otra, y respeto. Y, por último, aunque no menos importante, necesita tolerancia, la conciencia de que uno no debe imponer su punto de vista o sus ideales a su pareja ni impedirle el camino hacia la felicidad. (Bauman, p. 159).

Una invitación al amor no nos puede dejar insensibles, "porque la realidad más valiosa es aquella en la que aprendemos a amar" (Ferry, 2007, p. 269). Hemos aprendido por muchos caminos que en el amor es fundamental el dar —el darse— y no el recibir. Nuestros esfuerzos debieran encaminarse en crecer en el amor, pues como afirma San Juan de la Cruz: "Al atardecer de la vida, te examinarán del amor" (V. AA., 2007, p. 325).

3. Belleza

Vivimos en la cultura de la imagen, de la publicidad. Necesitamos imágenes y obras bellas que puedan nutrir nuestro mundo interior. Es difícil discernir el valor auténtico, el bombardeo de las imágenes que nos saturan a diario. Toda

obra maravillosa nos remite a su autor o creador y nos conduce a la obra suprema, más allá de la belleza misma. Lo bello se puede definir porque nos produce placer, el placer intelectual y espiritual de conocerlo. También se puede definir la belleza como “la expresión visible del Bien y de la Verdad”. Platón decía que “la potencia del Bien se ha refugiado en la naturaleza de lo Bello”. La belleza es el conocimiento sensible-intelectual del bien y de la verdad. La belleza exige tener despierta la sensibilidad de los sentidos, para percibir su mensaje de armonía, creatividad, unidad y cuantos atributos positivos posee en sus múltiples expresiones estéticas. Para Herman Hesse, “la belleza no hace feliz al que la posee, sino a quien puede amarla y adorarla”.

En la teología católica, la belleza se asocia al misterio de la gloria de Dios, encerrada en los temas más sublimes de la Trinidad, la Creación, la Encarnación: “Dios es la belleza misma, el ideal permanente de toda belleza, la belleza primera, caracterizada por la absoluta sencillez, y siendo absolutamente interior. Es la unidad en la multiplicidad. La teología ve en la Trinidad divina el lugar por excelencia de esta belleza.” (Chrétien, 1999, p. 116). Recogemos esta afirmación de K. Barth: “La belleza de Dios... está en lo que Dios es y hace en Jesucristo” (citado en Chrétien, 1999, p. 118). Para San Agustín: “La justicia es la belleza suprema” (p. 136), y para Bossuet: “el don de Dios es la suprema belleza” (p. 137). Léon Bloy exalta la persona de Cristo: “Dios es seductor, como expresó ya el profeta Jeremías. Pero no se defenderá por su poder, sino por su paciencia y por su Belleza: La Belleza, la Fuerza infinita que está en el Varón de Dolores” (p. 138). Tal vez en este contexto se entienda mejor la expresión que Dostoievski afirmó: “la belleza salvará al mundo”.

En la espiritualidad musulmana lo más bello y maravilloso es la “subha” (la lista de los 99 nombres de Alá) que gustan recitar, pasando las cuentas de su cadencia o rosario de cuentas. Aunque los nombres nos aparecen explícitamente en el Corán, existe una recopilación de diversos autores: Dios, Misericordia, Rey, Santo, Paz, Todopoderoso, Creador...; Allah los recapitula a todos. Dios es único (impar: $100 - 1 = 99$). Invocarlo hasta el estremecimiento es lo más grande para un musulmán.

4. Bondad y bien

El camino de interiorización es un proceso de cambio y de transformación, que nos moldea en nuestras actitudes y decisiones. La bondad es cautivadora por el contagio afectivo que conlleva, es expresión de amor; que nos ayuda a mirar la existencia siempre de forma constructiva y con benevolencia.

La propensión a la bondad es más fuerte y más profunda que la tendencia al mal. Por muy radical que sea el mal, la bondad es aún mucho más radical o, en el lenguaje kantiano, si el mal es radical, la bondad es originaria. Kant también nos ayuda a distinguir su alcance con dos palabras diferentes: "Para el mal, habla de "inclinación" y para el bien, de "finalidad" (Changeux y Ricoeur, 1998, pp. 263-266). Salvar el fondo de bondad del hombre es el proyecto común del pensador y del religioso. Pero, como en tantas virtudes, la bondad es una forma de vida, fruto del entramado de valores de personalidad.

5. Introspección-conocimiento-inteligencia-conciencia

Vivir es aprender, pero aprender exige el esfuerzo de conocerse y ser consciente de uno mismo. El itinerario de interiorización requiere autocontrol, introspección y voluntad para cortar nuestros lazos con el exterior y entrar en el mundo virtual y abstracto de nuestro pensamiento interiorizado. Si aprender es tener imágenes, sean visuales o auditivas, estas son nuestro recurso para fijar la atención y ser conscientes de nuestra actividad mental.

La conciencia es una facultad de discernimiento personal del bien y del mal; un sentimiento interior que cada uno posee de su estado de inocencia o culpabilidad. Crece a medida de nuestra evolución y según avanza nuestra espiritualidad, a través de las luces que proyectan sobre nuestras experiencias vitales.

Construir y desarrollar la inteligencia es un trabajo esencial en la educación, que fundamenta el trabajo de la interiorización. La inteligencia es un potencial psicobiológico, que se manifiesta en reflexión, razonamiento, elaboración mental, resolución de problemas y trabajo de abstracción. Podemos hablar de

una inteligencia cristalizada, sobre unos campos concretos de conocimiento, y de otra inteligencia global, abierta a las actividades de la lógica formal, a su vez compleja por los procesos cognitivos superiores que describió y analizó Vygotski; es la que Cattell llama la inteligencia fluida. No puede haber vida interior en el vacío, sino basada en nuestro conocimiento y en los procesos mentales que se desarrollan en nuestra inteligencia. Necesitamos un aprendizaje, estrategias, método y práctica reflexiva, además de un clima de paz y reconciliación con nosotros mismos, lejos de tensión e inquietudes.

Tal vez sea este paso al fondo de nosotros mismos, el primero que nos enfrenta con nuestra identidad, con nuestra conciencia. Sin conciencia no hay responsabilidad, pues en la conciencia nos reconocemos autores de nuestros actos. Max Scheler insistía en que “el ánimo, con más razón que el conocimiento y la voluntad, merece llamarse “núcleo del hombre, como ser espiritual”. “El corazón, dice Scheler, haciendo una reverencia a Pascal, “tiene sus razones, las suyas”, de las que el entendimiento nada sabe y nada puede saber” (Bauman, 2009, p. 51). San Agustín acuñó el término *maestro interior* que nos interpela y hace de vocero de nuestra conciencia (Domingo, 2001, p. 96). La conciencia desempeña funciones, que santo Tomás distinguía así: 1) hacer de testigo, dando fe de los mismos; 2) instar u obligar, exigiendo y reclamando la acción del sujeto, y 3) acusar o excusar, condenando o reprobando, liberando o absolviendo de culpas, como tribunal de moralidad (Domingo, 2001, p. 100).

Será imposible acallar la conciencia, suprimir el subconsciente en la psicología profunda, frenar nuestros sueños, apagar la voz y acallar la sed de justicia y de verdad que anida en cada ser humano. La panacea exige formar al hombre por dentro. Bauman sintetiza así el dolor de quien sufrió el Holocausto: “No hubiera podido seguir viviendo si no conseguía defender las vidas de otros”, y resume sus clarividentes reflexiones sobre la conciencia: “La moralidad tiene su propia lógica y, en el tribunal de la conciencia, los protagonistas de las historias tienen pocas posibilidades” (Bauman, 2009, pp. 110-120).

6. Dios-Trinidad-Jesús

Aunque estamos sumidos en el misterio, este resulta inasible e inabarcable para la mente humana. El escepticismo actual excluye el misterio, aunque el mundo de las religiones nos confronta con él sin cesar. El misterio es aquello que nunca acabamos de conocer. Max Planck, premio Nobel de Física, decía que “el progreso de la ciencia consiste en descubrir un nuevo misterio cada vez que se cree haber aclarado una cuestión fundamental”. La duda es la maleta más valiosa del equipaje de los genios y la que falta en los fanáticos. El encuentro con el misterio es el gran reto para nuestra razón.

La Trinidad es la fórmula síntesis de la teología, que nos presenta a Dios en el dinamismo de su amor creador, redentor y santificador. ¡Un solo Dios en tres personas! Jesús, su vida, su palabra y su ejemplo son el auténtico camino y la revelación de Dios, que se nos muestra esencialmente como Padre amoroso y misericordioso, que se adelanta a sus criaturas: “Dios nos ha amado primero” (1 Juan 4: 19). La auténtica imagen de Dios “desvelada” y actualizada, con relación a cuanto leemos en la *Biblia*, es la que nos ofrece el propio testimonio de Jesús, que encontramos en los evangelios. La vida interior tiene en el amplio campo de la Palabra de Dios el contenido más imprescindible y enriquecedor que pueda anhelarse.

7. Gratitud-alabanza-ofrenda

Lo más grande que poseemos lo hemos recibido gratis. El sentimiento más constante en nuestra memoria debiera ser el agradecimiento, pues reconocer todos los dones que poseemos y cuanto recibimos a diario merece ser agradecido sin tregua. Agradecer revela un corazón noble. Nada más despreciable que la ingratitud, que no sabe reconocer el valor de los regalos en la vida, y junto a esa elevación del corazón y la mente, asociamos la bendición a quien nos favorece y la disponibilidad para corresponder a su generosidad. La gratitud desencadena una enorme cascada de sentimientos positivos.

El gran deber del ser humano, que se reconoce dotado gratuitamente de dones, es ser agradecido. La vida merece ser un acto de alabanza por cuanto existe y por cuanto nos es dado recrear y transformar:

La acción de gracias puede transformarse también en ofrenda del mundo al Creador, como la obra más genial puesta a nuestro servicio. Todo ser humano es ante Dios, por su palabra, un ser de himnos y de acción de gracias. El más alto de sus deberes es la gratitud, que también es la acción más propia y más elevada del hombre. (Chrétien, 1999, p. 164)

8. Humanidad

La educación se define hoy como una actividad esencialmente humanizadora y comprometedora con la verdad y la objetividad:

La búsqueda de la verdad ética es esencial para la plena humanidad. Deberíamos reconocer la humanidad —y sus ingredientes fundamentales: razón y capacidad moral— dondequiera que aparezca, y comprometer nuestra lealtad en primer lugar con esa comunidad de humanidad. (Nussbaum, 2005, pp. 64-86)

El filósofo romano Marco Antonio recomienda el “carácter personal y la conciencia como el último refugio para los buscadores de la felicidad”. “El hombre es el alma y la inteligencia del universo”, según Bérulle, y “el mundo, en afirmación de Olier, es el suplemento del hombre, y las criaturas son como los miembros que le hacen subsistir” (Chrétien, 1999, p. 171).

Cuando Bergson dice que “Para llegar al hombre, hay que mirar más allá del hombre”, indica que hay que saber contemplar la humanidad en su conjunto, para evitar fundamentalismos y discriminaciones. Más allá del hombre incluye la estética y la belleza del mundo. Por eso los medievales reducían los valores al grupo de los “trascendentales”: lo verdadero, lo bueno y lo bello. Para Platón la idea del bien iba unida a la de lo bello (Changeux y Ricoeur, 1998, p. 282). Por eso los niños asocian lo bueno con lo bello, porque ambos se reconocen en un mismo proceso de comunicación intersubjetiva.

9. Justicia-responsabilidad

La elaboración interior nos sitúa entre la paz y la rebelión, entre la comprensión y la transformación de las estructuras injustas. La justicia desempeña una función de despertador de la conciencia; es también mediadora entre los intereses del individuo y los de la sociedad. Dentro de nosotros buscamos justificación de nuestra responsabilidad ante la injusticia y el mal. Admitir la justicia como virtud y actitud implica reconocer su aportación a la perfección humana. Es la utopía de toda filosofía que tiende al compromiso y a lograr la "vida buena". La justicia es un sentimiento que nace de lo más profundo del hombre, consecuencia de su reflexión y compromiso vital. La justicia nos guía hacia la igualdad y la solidaridad, incluso a la fraternidad. Es tema nuclear de la cultura, de la política, de la religión, de la vida, donde se mezclan y complementan derechos y deberes. Pero no siempre coinciden las definiciones de justicia, que llevan a la responsabilidad. Justicia es dar a cada uno lo que necesita para su realización integral. "La responsabilidad es característica esencial del ser humano" (Jonas, 2008, p. 173).

La justicia real contradice a la teoría que conocemos. El siguiente puede ser un ejemplo:

Más de la mitad de la población del mundo está privada de derechos. La contaminación del aire y del agua nos está contaminando. La Sociedad Norteamericana contra el cáncer dice que el ochenta por ciento de los cánceres de este país se debe a causas medioambientales, peligros tecnológicos y residuos tóxicos. Somos un país, de acuerdo con *The Monthly Review*, noviembre de 1983, que ha amenazado con el uso de armas nucleares nueve veces desde la segunda guerra mundial, seis de ellas a países que no poseían armas nucleares y siempre por razones políticas, no militares. Supongamos que el mundo es una aldea de cien habitantes. Seis de esas personas consumen dos tercios de los bienes, mientras que las otras noventa y cuatro se sientan en el prado a verlos. No es de extrañar que esos seis compren tantas armas. (Chittister, 1999, p. 160)

Ante la realidad actual y futura de la humanidad todos somos responsables, pero especialmente los que tienen más medios y están en el poder. Los que trabajan por la justicia “son los auténticos hijos de Dios” (Mateo 5).

10. Oración

Por la oración respira el alma, toda la vida interior. En lo profundo de cada ser existe sed de Dios, sed de trascendencia, sed de eternidad. Orar es una forma elemental de hablar con Dios. A instancia de los Apóstoles, Jesús nos enseñó la oración más sublime que podemos dirigir a nuestro Padre. La oración nos hace sentirnos unidos a toda la humanidad necesitada, doliente, agradecida, pues al orar con el Padrenuestro lo hacemos en plural, sintiéndonos hermanados, como hijos de un mismo Padre. “Rezar es a la religión lo que pensar es a la filosofía”, escribió Novalis en su Enciclopedia. Rahner afirmaba que “la oración es el núcleo central del cristianismo” (VV. AA., 2007, p. 301), aunque sobre la oración lo sabemos casi todo, menos rezar. La oración se justifica a sí misma si realmente es un encuentro. Los místicos, maestros de oración, nos enseñan que oramos para identificar nuestros deseos y voluntad con los deseos y la voluntad de Dios. Santa Teres dice que la “oración no es otra cosa que trado de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos que nos ama” (VV. AA., 2007, p. 319).

La oración auténtica no es simple súplica, es un ejercicio de atención, en el que la palabra tiene su presencia esencial. Oral o vocal, propia o aprendida, la oración no es un simple acto de fe o de confianza, es un acto de amor hacia Dios o las cosas santas que se relacionan con Él. El sentimiento religioso tiene un profundo componente afectivo, de modo que solo se entenderá la oración como expresión afectiva, humilde y confiada. Rezamos porque sentimos la necesidad de Dios, porque esperamos su compañía, ayuda y salvación.

En la oración experimentamos el hondo pensamiento de San Agustín, al reconocer que Dios es más íntimo a nosotros que nosotros mismos. Pensamiento que se completa genialmente con el “Tú no me buscarías si tú no me hubieras encontrado” de san Bernardo y Pascal (Chrétien, 1999, p. 41). Pero no po-

demos olvidar que el deseo de Dios es ya un don de Dios, que nos invita al diálogo, a la comunión más íntima, al abandono en sus manos. En el fondo la oración es un diálogo con nuestro corazón en su camino permanente de conversión. La auténtica oración nos cambia, pues no podemos orar sin buscar la luz, la verdad, la paz.

La interioridad hace de la oración la expresión más noble para manifestar sentimientos religiosos. “La oración revela la esencia más profunda de la religión” (Chrétien, 1999, p. 24). Expresamos nuestro anhelo profundo también por medio del canto, por la salmodia, por la alabanza con la Lectio divina, la oración eclesial y la liturgia: Eucaristía o Acción de gracias, y además de otras múltiples devociones particulares. La palabra orada funda de esta manera la comunidad, unida al canto de acción de gracias de toda la creación; por el contrario, podemos afirmar que donde enmudece la oración desaparece la religión. Una oración aislada de la Palabra de Dios carecerá del sello auténtico de la oración cristiana. La prueba que avala a la oración es la decisión para el compromiso fraterno.

11. Palabra

La vida interior se alimenta y deja paso a la palabra para propiciar el encuentro. La palabra es el maravilloso y específico don del ser humano, su medio más prodigioso de comunicación. El “logos” de los estoicos griegos se traduce por “palabra”, pero

[...] carecía de sentido el poder interpretarla como algo distinto que no fuera la organización racional, bella y buena del conjunto del universo. Pretender que un hombre (sea quien fuera, y aun tratándose del mismo Cristo), es el logos, la “Palabra encarnada”, según la fórmula evangélica, raya en el puro delirio [...]. (Ferry, 2007, p. 83)

Las páginas que describen el impacto filosófico en el mundo del pensamiento merecen ser estudiadas, por su novedad y su argumento. Esa palabra derriba todos los mitos de la filosofía griega, es la palabra: “el Verbo hecho carne”

(Juan, 1), que se convierte en Buena Noticia y mensaje de salvación universal. El mismo Ferry, confesándose agnóstico, declarará que su libro de compañía para una isla desierta sería el Evangelio de San Juan.

La palabra, hablada o escrita, tiene la doble función de enseñar y aprender; tiene la magia adaptativa para expresar todos los sentimientos, la alabanza, la gratitud, el perdón, la ironía, la bendición, el escarnio... Pero la palabra también define y compromete a quien la emite, por eso se la compara a una espada de doble filo. La palabra más propia es la que nos pone en comunicación con los otros; es como el amor, insustituible e irremplazable. El silencio es la fragua que purifica la palabra. El lenguaje metafórico y simbólico, científico y técnico, sublime y religioso, con sus específicas connotaciones, precisa de la formación y de la brida de la inteligencia. La parábola bíblica se convirtió en trampa de comprensión para que las mentes embotadas y creídas no entendieran el sentido trascendente de la Buena Noticia (Mateo 13: 1-20). La misma creación sufre "dolores de parto", como afirma San Pablo, esperando que dé su fruto de comprensión de tan sublime mensaje. La palabra, como la lluvia, donde cae hace fecundar la simiente.

12. Paz

La paz interior es la piedra preciosa, el tesoro escondido, la suma de todos los valores, pero también su más ambicioso objetivo para el individuo y para la sociedad. ¿Buscando la paz, nos aproximamos al camino de la felicidad? Tal vez, pero teniendo en cuenta el diagnóstico de Kant: "la felicidad no es un ideal de la razón sino de la imaginación". Los filósofos antiguos sugirieron que sin esfuerzo la vida no ofrecería nada para hacerla digna de ser vivida. John Stuart Mill nos advierte: "en cuanto te preguntas si eres feliz, dejas de serlo". ¿No va en esta línea el sentido amplio del aforismo latino: "si vis pacem, para bellum"? La paz se construye cada día en el roce de las relaciones, en el esfuerzo de la tolerancia y el respeto, en el autocontrol y la aportación a una sana convivencia ciudadana, teniendo como meta final la felicidad, "la pista que conduce a la felicidad, no tiene línea de meta". En esta sociedad liberal y mercantilista, el producto interno bruto (PIB) se ha convertido en la medida de la felicidad.

¿Es posible un camino hacia la paz interior en una sociedad incierta y en permanente turbulencia, que exige caminar contracorriente? Son innumerables los retos transformadores que socavan los cimientos de la sociedad líquida, que impactan en la misma valoración de la educación. El agudo análisis de Bauman (2007) nos apunta una serie de desafíos de imprevisibles consecuencias: “Se observa la creciente tendencia a considerar la educación como un producto antes que como un proceso” (p. 25), “hoy está en tela de juicio lo invariable de la idea constitutiva de la educación” (p. 27); en el mundo de la modernidad líquida, la solidez de las cosas, como ocurre con la solidez de los vínculos humanos, se interpreta como una amenaza [...]; la perspectiva de cargar con una responsabilidad de por vida se desdeña como algo repulsivo ya alarmante” (p. 28); “el consumismo de hoy no se define por la acumulación de cosas sino por el breve goce de esas cosas; el conocimiento es una mercancía” (p. 30); “el mundo, tal como se vive hoy, parece más un artefacto para olvidar, que un lugar para el aprendizaje; el aprendizaje está condenado a ser una búsqueda interminable de objetos siempre esquivos que, para colmo, tienen la desagradable y enloquecedora costumbre de evaporarse o perder su brillo en el momento en que se alcanzan” (p. 33). “Se nota el extraordinario cambio de vocabulario y el marco cognitivo que caracteriza a la nueva élite mundial de la industria, el comercio y las finanzas y cómo, entre ellos, los de mayor éxito, digamos ‘los que llevan la voz cantante’ fijan las pautas de conducta de los de menor éxito o de los miembros que aún aspiran a emularlos” (p. 34); “[...] el mundo líquido toda sabiduría y todo conocimiento de cómo hacer algo sólo, puede envejecer rápidamente y agotar súbitamente la ventaja que alguna vez nos ofreció” (p. 35); “En el mundo volátil de cambio instantáneo y errático, las costumbres establecidas, los marcos cognitivos sólidos y las preferencias por los valores estables, aquellos objetivos últimos de la educación ortodoxa, se convierten en desventajas” (p. 37). La receta para el éxito es ‘ser uno mismo’, no ser ‘como los demás’, lo que mejor se vende es la diferencia y no la semejanza” (p. 40); “[...] el culto actual a la ‘educación permanente’ se concentra en parte en la necesidad de actualizarse en cuanto a las novedades últimas de la información profesional, pero también [...] a la firme creencia de que todavía pueden encontrarse maestros espirituales que sepan cómo llegar hasta

los depósitos aún inexplorados que los demás guías no pudieron alcanzar o pasaron por alto” (p. 41).

[...] el mundo actual ya no tiene ningún tipo de estabilidad, está todo el tiempo deslizándose, escurriéndose silenciosamente; la galaxia nebulosa de la imagen es pura y sencillamente, inestable, la información misma ha llegado a ser el principal sitio de lo desconocido. Los hombres y mujeres comunes de la actualidad estiman mucho más amenazadores esos volúmenes gigantescos de información, ávidos de atención que los pocos misterios del universo que quedan. Todo lo desconocido tiende a sentirse como una amenaza. La masa del conocimiento acumulado ha llegado a ser el epítome contemporáneo del desorden y el caos. (p. 44)

A pesar de todos los males, siempre nos queda la confianza en el valor y trascendencia de la educación, que no ha perdido su sentido y misión, cuando en el preámbulo de la Unesco se declaró lo siguiente (en este pensamiento esculpido sobre roca, en once idiomas, en el patio de su sede parisina): “Puesto que las guerras nacen en la mente de los hombres, es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”.

13. Silencio

El silencio y la palabra se complementan y compensan. El silencio no es solo ausencia de sonidos y palabras, como la oscuridad es negación de luz, sino el clima y la fuente de donde mana la vida interior. Solo el silencio nos permitirá escapar del bullicio y el ruido que ensordece y aliena. Necesitamos el silencio para escuchar nuestra conciencia, para discernir, para descubrir nuestras fortalezas y debilidades, para asimilar otras voces y mensajes.

Jean Louis Chrétien (1999), en la obra que venimos siguiendo, apunta estos geniales pensamientos: “El silencio es en su conjunto la experiencia más inofensiva y la más admirable de la naturaleza. El silencio es la sola voz de nuestro Dios, la invisible imposición de sus manos” (p. 61). Espigando el pensamiento de los filósofos, adivinamos la fecundidad del silencio: “Con amor el silencio vale más que las palabras. Hay una elocuencia en el silencio que penetra más que el len-

guaje”, afirma Pascal (citado en Chrétien, 1999, p. 82). Lavelle define el silencio como “la atmósfera de nuestro espíritu” (p. 56). “El gran silencio” monacal no es ni pasivo ni fácil, sino activo y exigente de atención y autocontrol. Nietzsche exalta el silencio al recoger la queja de Zaratustra porque los hombres no escuchan su mensaje: “Igual que la rosada cae sobre la hierba cuando la noche duerme su profundo silencio. Así los grandes acontecimientos no proceden de las horas más brillantes, sino de las más silenciosas” (p. 62). El filósofo Karl Jaspers es concluyente: “Los seres humanos que no conocen la comunión en el silencio no son capaces de una comunicación auténtica” (p. 84). Kierkegaard critica la charlatanería y sentencia: “sólo el hombre que sabe callarse, sabe esencialmente hablar” (p. 59).

El silencio tiene un impacto enorme, como lo revela la fascinación de los filósofos europeos por la persona de Sócrates, o más bien con el colorido retrato de su estilo de vida, extraordinariamente dejado por Jenofonte y Platón. Carl Popper nos invita a leer una de las obras más geniales de la filosofía, se trata de la *Apología de Sócrates*, que inmortalizó su discípulo, Platón. Sócrates es el gran maestro del silencio, pues no escribió página alguna, pero “con su silencio nos ha hecho oír su palabra” (Chrétien, 1999, p. 70). Como dice Nehamas, Sócrates guardó “un silencio pertinaz sobre sí mismo” (citado en Bauman, p. 98). Con ironía oímos comentar que el silencio, como el pensar, es una enfermedad. Pascal constató que la gente se comporta contrariamente a la manera como piensa, por eso llega a afirmar que “toda la desgracia de los hombres proviene de una sola cosa, que es no saber permanecer en reposo en una habitación”. Correr siempre de un lado para otro es solo una manera de perder la cabeza. Cuando uno está corriendo tiene pocas posibilidades de pensar (Bauman, p. 49). La lectura silenciosa es un excelente acto de interioridad.

Leemos para tener interioridad, capacidad crítica, de reflexión, de contemplación, de asombro. En el silencioso espacio de abrir la sostenida lectura sin distracción de un libro, hacemos nuestras propias asociaciones, llegamos a nuestras propias inferencias y analogías, fomentamos nuestras propias ideas. (LEcuyer, 2012, p. 123)

El silencio es también “tienda de encuentro” que nos permite expresar los sentimientos y afectos más hondos del alma. La oración silenciosa nos transporta en adoración, súplica, alabanza y bendición, nos permite llorar y gozar, escuchar y dejar que el espíritu ore en nosotros (L’Ecuyer, 2012, p. 89). Pascal sentía espanto ante dos infinitos abiertos: el del universo (¡más de cien mil millones de galaxias!) y el de las profundidades de la materia. Por eso solía exclamar: “El silencio de estos espacio infinitos me espanta” (citado en Charpak y Olmnès, 2005, p. 60).

Recogemos la última iniciativa de Renfe que ha puesto en marcha los “vagones del silencio”. En ellos los viajeros saben que tienen prohibido hablar por el teléfono móvil, que la megafonía apenas se oirá y que la iluminación será menos intensa para facilitar el descanso. La Fundación Telefónica se ha sumado con el *Cubo Mute* un espacio acristalado e insonorizado para que los estudiantes comprueben el poder que tiene el silencio para favorecer la creatividad en una civilización del ruido. Para los diseñadores de la campaña, cuanto más ruido nos rodee, menor será la creatividad y, por consiguiente, menor será nuestra capacidad para tener ideas, para crear y para disfrutar de la vida.

14. Universo-armonía-cosmos

El utilitarismo, pragmatismo, mecanicismo, y otros tantos ismos, embotan la mente, nos ciegan e impiden tener el espíritu abierto y la mente flexible para descubrir en los signos de la creación significados más allá de nuestra razón. El lenguaje metafórico y simbólico exige apertura de la mente y espíritu sencillo para ver y entender (Mateo 13: 1-20).

El ser humano queda asombrado ante el universo, al que diviniza, explota o destruye. Desde la *Biblia* (en los salmos 19, 98, 145, 150), y hasta los más exaltados científicos, se descubre, como afirma Gerhard von Rad, que “el mundo no está mucho, que tiene un mensaje, un himno que proclama delante de Dios, como criatura, el cielo cuenta, el firmamento anuncia, muge el mar, los ríos baten palmas, las montañas aclaman el rostro de Dios [...]” (citado en Chrétien, 1999, p. 174). No se trata de saber si la naturaleza “prueba” o no

la existencia de Dios, sino más bien de saber escuchar su silencio, como una “voz visible”, como lo hicieron san Francisco, san Agustín y la enorme pléyade de poetas, extasiados ante la contemplación de tanta grandeza. Kant afirmaba que las dos grandes maravillas que sobrecogían su espíritu eran descubrir la conciencia moral dentro de él y descubrir la armonía del universo fuera de él. El silencio se nos impone al contemplar la creación, que nos abrumba y sume en el misterio, por eso, “escuchar la naturaleza es la propedéutica del silencio religioso” (Chrétien, 1999, p. 71).

No podemos ignorar la alerta que nos lanzan los científicos y pensadores sobre la evolución de nuestro mundo. Edgar Morin (2001) denuncia las dos nuevas potencias de muerte global para toda la humanidad: las armas nucleares, que elevan el potencial de autoaniquilamiento, y que acompaña sin tregua el camino de la humanidad, y la posibilidad de muerte ecológica; ambas llevan a la humanidad al suicidio (p. 84).

Cuidar nuestra casa común, para evitar así la destrucción, la contaminación y el deterioro, es exigencia de la responsabilidad humana. El planeta tierra es nuestra primera morada que une a toda la humanidad. No hay mayor razón que el sentido empático, solidario y de fraternidad con todos los seres vivos, pues nuestra suerte está unida a la vida de nuestra madre tierra.

15. Verdad

Todo ser humano en lo profundo de su ser es un buscador de la verdad, que transforma sus experiencias en datos de sentido. La educación tiene como meta el descubrimiento de la verdad, fuente de gozo y de libertad. El Evangelio habla de llegar a conocer la verdad en su plenitud, aludiendo al descubrimiento de la Buena Noticia, como mensaje de salvación en la persona de Jesús de Nazaret: “La verdad os hará libres” (Juan 8: 32). Negar y huir de la verdad será siempre camino torcido de la existencia, que nos llevará a la oscuridad y a la mentira. “Yo soy la Verdad” (Jesús). Este debiera ser el horizonte de nuestra búsqueda.

El análisis de la verdad nos acerca al dilema entre el bien y el mal. A este propósito Bauman trae el pensamiento de Amos Oz: "Personalmente, creo que todo ser humano, en el fondo de su corazón, es capaz de distinguir el bien del mal. A veces puede ser difícil definir el bien, pero el mal tiene un aroma inconfundible: hasta un niño sabe qué es el dolor. Por tanto, cada vez que deliberadamente infligimos dolor a otra persona, sabemos qué estamos haciendo. Hacemos el mal" (p. 119).

La verdad siempre será producto del descubrimiento interior, hasta que definitivamente, por el don del Espíritu, lleguemos a la verdad plena. Esta es la gran aventura de nuestra existencia.

Conclusión

La conclusión, tras esta recopilación de interpelantes pensamientos, podría orientarse al papel insustituible de los educadores para iniciar a los alumnos a saborear el silencio, a aprender a pensar y a reflexionar (Sternberg y Spears-Swerling, 1999, p. 133). En este ensayo hemos intentado dibujar el mapa conceptual de la interioridad, recogiendo diversas voces de pensadores. Sirva para este propósito la llamada al compromiso de los educadores de Martha C. Nussbaum, en la que condensa los tres valores primordiales de lo que entiende por educación liberal: el examen crítico de uno mismo, el ideal del ciudadano del mundo y el desarrollo de la imaginación narrativa:

Nos corresponde a nosotros, como educadores, mostrar a nuestros estudiantes la belleza y el interés de una vida abierta al mundo entero, mostrarles que, después de todo, hay más alegría en el tipo de ciudadanía que cuestiona que en la que simplemente aplaude, más fascinación en el estudio de los seres humanos en toda su real variedad y complejidad que en la celosa búsqueda de estereotipos superficiales, que existe más amor y amistad verdaderos en la vida del cuestionamiento y de la autonomía que en la de la sumisión a la autoridad. Es mejor que les mostremos esto o el futuro de la democracia en el mundo lucirá muy sombrío. (Nussbaum, 2005, p. 115).

Abogamos por una síntesis que sepa integrar al activo y al contemplativo, a lo Marta y María, donde se sepan compaginar los valores enumerados y cuántos elementos del entorno social pueden perturbar el logro de los más altos objetivos de la interioridad, en un mundo con irrefrenable ritmo de cambio que distorsiona todo proyecto formativo. Así nos apercibe el sociólogo Bauman (2007) a todos los educadores:

En ningún otro punto de inflexión de la historia humana los educadores debieron afrontar un desafío estrictamente comparable con el que nos presenta la divisoria de aguas contemporáneas. Sencillamente, nunca antes estuvimos en una situación semejante. Aún debemos aprender el arte de vivir en un mundo sobresaturado de información. Y también debemos aprender el aún más difícil arte de preparar a las próximas generaciones para vivir en semejante mundo. (p. 46).

Albergo la profunda convicción de que cada educador que se preocupe por buscar el cuadro semántico que da forma a la interioridad podrá aportar nuevas y maravillosas actitudes y reflexiones, para aquellos otros que tratan de vivir en coherencia con una vida buena y en armonía con los valores de sentido más nobles.

Estos valores pueden ser los jalones que orienten nuestra búsqueda de sentido. Una sociedad vacía y desnortada necesita buscar la brújula que dirija sus pasos con certeza a lo verdadero, lo bueno y lo bello.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2009). *El arte de la vida*. Barcelona: Paidós.
- Changeux, J.P. y Ricoeur, P. (1998a). *Lo que nos hace pensar*. Barcelona: Península.
- Changeux, J.P. y Ricoeur, P. (1998b). *Ce qui nous fait penser*. Paris: Odile Jacob.
- Charpak, G. y Omnès, R. (2005). *Sed sabios, con vertíos en profetas*. Barcelona: Anagrama.

- Chrétien, J.L. (1999). *L'arche de la parole*. París: PUF.
- Chittister, J. ((2002). *Odres nuevos. Antología de una visión espiritual*. Santander: Sal Terrae.
- Cyrułnik, B. y Morin, E. (2000). *Dialogue sur la nature humaine*. Pertuis: Éditions de l'aube.
- Domingo, A. (2001). *Ética*. Madrid: Acento.
- Dufour, X. (2006). *Enseigner, une oeuvre spirituelle*. París: Parole et silence.
- Ferry, L. (2007). *Aprender a vivir*. Madrid: Taurus.
- Haring, B. (1959). *La loi de Christ*. París: PUF.
- Jonas, H. (2008). *El principio de la responsabilidad*. Barcelona: Herder.
- L'Ecuyer, C. (2012). *Educación en el asombro*. Barcelona: Plataforma Actual.
- Lena, M. (2004). *L'esprit de l'éducation*. París: Parole et silence.
- Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Barcelona: Paidós.
- Nussbaum, M.C. (1997). *Cultivating humanity*. Boston: Harvard University Press.
- Nussbaum, M.C. (2005). *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Paidós.
- Peticlerc, J.M. (2005). *Spiritualité de l'éducation*. París: Don Bosco.
- Rifkin, J. (2010). *La civilización empática*. Barcelona: Paidós.
- Rifkin, J. (2011). *La tercera revolución industrial*. Barcelona: Paidós.
- Sternberg, R. J. y Spears-Swerling, L. (1999). *Enseñar a pensar*. Madrid: Santillana.
- Tébar, L. (2014). *Educación, camino integral de interioridad*. (En blog).
- VV. AA. (1996). *L'Émerveillement*. Paris: Sources Vives.
- VV. AA. (2007). Caminos conciliares para la espiritualidad. *Revista de Espiritualidad*, (263).